
Octavio Rodríguez Araujo*

LA REVOLUCION NO ES UN BLOQUE

Quienes tienen el poder recurren discursivamente a la historia de manera un tanto ecléctica. Memorán a los héroes en conjunto o linealmente tomando de su ideario lo que consideran mejor, con frecuencia para el ideario propio. Borran, a veces deliberadamente, las diferencias que existieron entre esos hombres o mujeres que influyeron en la historia y si estos participaron en su movimiento decisivo para el perfil de la patria se caracteriza al movimiento *globalmente*, sin sus distinciones internas y referido por lo general, como su común denominador en sentido negativo, al enemigo más adecuado y sobresaliente, símbolo siempre de un pasado que atentaba contra los valores nacionales en su concepción actual.

En México suele tenderse una línea que va de la Independencia a la Revolución, y recientemente hasta Lázaro Cárdenas, como si se tratara de una lucha continua, y en los actos conmemorativos de la Patria se nombra a los héroes como si cada uno de ellos fuera un continuador de los anteriores y partidario de los mismos ideales. Son ubicados juntos quienes fueron enemigos en su tiempo, incluso víctimas y victimarios. Se llegan a hacer distinciones que para un observador externo parecerían exageradas, como reconocer al coronel Porfirio Díaz y repudiar al general Porfirio Díaz.

En los países del denominado campo socialista, se estableció por décadas una línea de continuidad de Marx y Engels a Stalin, pasando por Lenin, y en China se consagró también, en un culto personal desmedido a Mao Tse-tung, como el gran timonel continuador natural de sus antecesores hasta que, como Stalin, fue desacralizado.

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política de la FCPyS-UNAM.

Así se hace, en síntesis, la historia oficial de los grandes movimientos sociales y de una nación.

En Francia, con motivo del bicentenario de la Revolución de 1789, Mitterrand se propuso considerar como un *bloque* a la revolución conmemorada. La intención, según los observadores, fue la de neutralizar los problemas de interpretación. Jack Lang, el organizador del bicentenario, habría de declarar que sólo había que celebrar aquello que pudiera lograr consenso actualmente.

El antecedente conocido de esta actitud fue establecido, para Francia, a principios de 1891, el 29 de enero, cuando, como consecuencia de la prohibición gubernamental de una obra de Sardou en la Comédie-Française, titulada *Thermidor*, el diputado Clemenceau resolvió las controversias entre izquierda y derecha, pero más que todo, las existentes en el seno de la izquierda dividida de entonces, con una fórmula: "La Revolución francesa es un bloque del cual no puede separarse nada porque la verdad histórica no lo permite".¹

Los historiadores de la Revolución francesa, quienes mejor que nadie conocen los detalles de ese gran movimiento, han demostrado, incluso con actitudes, que la Revolución no fue una ni supone una sola interpretación. En una entrevista a Michel Vovelle, antes de la inauguración del Congreso Mundial de la Sorbona, publicada en *Le Monde* del 6 de julio de 1989, se anunció que el historiador oficial de la Revolución francesa, François Furet, no asistiría. En una carta publicada en el mismo diario el 12 de julio Furet señaló, que en los tres congresos sobre la Revolución que él organizó en Chicago (1986), Oxford (1987) y París (1988), Vovelle no asistió. La cuestión es que los dos historiadores representan dos interpretaciones opuestas de la Revolución y no están interesados en debatir, como muchos intelectuales en nuestro medio, que preferirían, si no les es posible ignorarse entre sí, llegar a puntos de acuerdo, a posiciones consensuales, a rescatar sólo lo que les es común, a evitar, en síntesis, la discusión.

Vovelle, como Albert Saboul y otros historiadores, han puesto énfasis en los aspectos progresistas de la Revolución francesa, en su parte revolucionaria, en la visión de los de abajo, de los *sans-culottes* parisinos, de los radicales (enragés), de los "brazos desnudos" como denominara Michelet a los trabajadores de aquella época. François Furet y Mona Ozouf, por el contrario, han destacado, en ocasiones con razón, los presupuestos ideológicos de la historiografía de izquierda, combatiéndolos (Furet fue stalinista en su juventud) pero a la vez han dejado de lado, totalmente, la historia social de la Revolución.

Elisabeth G. Sledziewski² nos recuerda que una de las ventajas del bicente-

¹ Cfr., *Journal officiel*, citado largamente por Jean-Marie Mayeur, "«La Révolution française est un bloc...»", *Commentaire*, París, 1989, pp. 145-152. Michel Winock, en el *Quotidien de 89*, declaró que "defender la Revolución en su conjunto es adoptar un razonamiento similar a aquellos contrarrevolucionarios que no han cesado jamás de juzgarla *en bloque*."

² "La stratégie-Furet", *Raison Présente*, París, 2o. trimestre de 1989, núm. 91, p. 17.

nario es que muchos textos que antes estaban dirigidos a un público muy selecto han salido a la luz y que, gracias a este fenómeno, la división entre unos cuantos historiadores se ha extendido a la población, la que tuvo la ocasión de descubrir que sobre su Revolución de 1789 había no sólo muchas historias sino conflicto entre ellas y que unas ocultaban lo que otras ponían en evidencia. Y es cierto, el año pasado se han editado textos olvidados, como el sorprendente artículo de Albert Mathiez³ que seguramente fue ocultado por sus mismos editores, una vez que Stalin devino el hombre fuerte de la URSS y el guía espiritual y político de los partidos comunistas en el mundo.

La división entre los historiadores, no es sino reflejo de la división entre tendencias sociales y políticas existentes en la misma Revolución francesa y aún en nuestros días. Los personajes de la Revolución, de la francesa y de todas las que le siguieron, así como sus actores sociales, han representado posiciones distintas, que han hecho a la gente tomar partido. “Toda historia de una Revolución, señalaba el semanario *Newsweek*, es una historia partidaria” y aun quienes han querido presentarse como neutros en la historiografía, como es el caso de la coautora de Furet del *Dictionnaire critique de la Révolution*, Mona Ozouf, han tomado también partido. La profesora Ozouf, cita Charles Josquin,⁴ tomó partido por Danton contra Robespierre y escribió en un artículo que:

nosotros tendemos a perdonar a Danton de no haber sido muy escrupuloso con los dineros del Estado... Un poco gracias a él nosotros hemos aprendido que los hombres radicales (*rangés*) pueden ser más inquietantes que los malos sujetos y la corrupción individual menos temible que la incorruptibilidad en el poder.

Es obvio que al tomar partido por Danton lo hacía contra Robespierre. La alusión es directa en su texto.

Hoy, a dos siglos de la toma de la Bastilla, la Revolución ha reabierto las diferencias entre la izquierda y la derecha, pero también ha puesto al día de la discusión las distancias entre diferentes tendencias de la izquierda y de la derecha. Así, cuando se recurre a la interpretación global de la Revolución, sus principios son generalmente aceptados. Ahí estaban el 14 de julio del bicentenario los representantes de los siete países más ricos del mundo con los de otros países, los del Tercer Mundo, que en términos del siglo XVIII serían el antiguo Tercer Estado junto con los desempleados y los inmigrantes pobres del primer mundo.

³ Artículo originalmente publicado en la revista *Scientia* de enero de 1920 y jamás reeditado sino hasta ahora, intitulado “Le bolchevisme et le jacobinisme” donde el autor, mediante analogías y referencias directas, muestra que entre los métodos de los bolcheviques y los de los montañeses franceses había no sólo semejanzas aparentes sino relaciones estrechas y parentesco lógico.

⁴ En “Robespierre en 1989”, *Raison Présente*, p. 37.

Pero cuando se entra en las particularidades y en los distintos momentos de la Revolución surgen de inmediato las diferencias, la controversia, especialmente en torno de sus dos principales tendencias: primero los montañeses y los girondinos, luego la burguesía y los trabajadores.

Mayor discusión provoca la Revolución como proceso revolucionario, valga el pleonasma, y más ahora cuando varios influyentes autores han concluido que todas las revoluciones culminan en formas dictatoriales y que lo que se busca es la democracia, por supuesto, por la vía democrática entendida ésta como la vía electoral y parlamentaria. Estos mismos autores caen en un nuevo error que tiene relación directa con la interpretación global o en bloque de los fenómenos sociales y políticos: la concepción sin adjetivos de la democracia y la deificación de las elecciones como característica democrática. Olvidan, por supuesto, que gobiernos electos democráticamente han sido responsables de asesinatos (y desapariciones) selectivos y en masa por razones políticas, que no se distinguen en nada de acciones del mismo tipo cometidas por gobiernos dictatoriales. Los ejemplos, sobre todo en América Latina, son numerosos.

Es curioso que todo mundo recuerde el artículo primero de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, pero que casi nadie parezca recordar el artículo 35 de la Declaración de 1793, referido al derecho de insurrección y sin el cual no hubiera existido la Revolución francesa ni, por lo tanto, la democracia que ahora se defiende contra los “resultados” de otras revoluciones (dictaduras, en su opinión). Más curioso es que los defensores de la democracia desadjetivada y enemigos del socialismo aplaudan el derecho de los pueblos a la insurrección en los países del este europeo, pero lo reprueben y lo combatan —e incluso intervengan directamente— en revoluciones como la nicaragüense y la cubana.

Para la derecha, señala Marie-Laurence Netter,⁵ la Revolución crea una nueva legitimidad fundada sobre los grandes principios que ella espera conservar y hacer vivir. Para la izquierda, la Revolución prohija ciertamente esta legitimidad que también quiere conservar, pero al lado de esta legitimidad institucional, la Revolución fundó también otra legitimidad que es la del cambio de la sociedad, del trastorno de las estructuras, en una palabra la legitimidad de la revolución. La existencia de esta legitimidad, simple del lado de la derecha, doble del lado de la izquierda, explica a la vez cómo las dos tendencias pueden, sinceramente, presentarse como dos herederas del mismo advenimiento fundador —la Revolución francesa— y, al mismo tiempo, presentarse como dos fuerzas radicalmente opuestas, portadoras de dos proyectos radicalmente antagónicos de sociedad.

⁵ M. L. Netter, “La Révolution française et le monde politique contemporain”, *Raison Présente*, p. 49.

Las posiciones de unos contra las posiciones de otros, son el principio de los partidos políticos, en su connotación antigua y en la moderna. En los tiempos de la Revolución francesa y todavía en la Primera Internacional los partidos no estaban identificados, como ahora, con las organizaciones electorales de nuestros días. No fue sino hasta el último tercio del siglo pasado que los partidos fueron definidos en la acción y en la teoría, como los conocemos en el presente. Antes, las facciones, los clubes, las sociedades populares y las camarillas parlamentarias, las corrientes ideológicas, incluso los sindicatos, eran considerados partidos o de ellos surgirían partidos como la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia (Partido Obrero) de 1879, o el Partido Laborista inglés de 1900.

Durante la Revolución francesa existían los realistas constitucionales (*feuil-lants*), los girondinos, los montañeses. Más adelante la Sociedad de los Jacobinos, que era en realidad un club de discusiones en París, como el de los *cordeliers*, y en el que se enfrentarían los dantonistas (de derecha) contra los hebertistas (de izquierda) más o menos antiburgueses. Ninguno de ellos era propiamente un partido en el sentido moderno, pero sí lo eran en el sentido de la época y aun perteneciendo a una misma pista opositora tenían, ya desde entonces, diferencias relevantes, como ahora, pero más abiertamente.

Lo importante, para esta exposición, sería extraer de los "partidos" de la Revolución francesa las influencias posteriores en los partidos modernos, concebidos más como corrientes fundamentales que como formas organizativas concretas que, como bien se sabe en 1990, no garantizan posiciones definidas en términos de clase ni en relación con el poder y sus principales fundamentos.

Mi punto de partida ha sido que la Revolución francesa no fue un bloque integral,⁶ aunque debe reconocerse que *desde el punto de vista de los vencedores* no hubo ningún retroceso: ni la Convención, ni el Comité de Salvación Pública, ni el 9 Termidor (27 de julio de 1794), ni el Directorio, ni el Consulado, ni el Imperio, ni la Restauración, se desviaron en lo fundamental del objetivo demócrata-burgués, más burgués que demócrata en algunos momentos. Pero desde el punto de vista de las masas la lógica fue otra pues es obvio que su incorporación a la lucha no fue para que la burguesía tuviera menos obstáculos como clase social para su expansión, sino para aliviar sus condiciones de miseria, de servidumbre en unos casos, de explotación.

⁶ Desde el 5 de octubre de 1789, se definieron con mayor precisión los dos bloques principales de la Revolución: la burguesía y los sectores populares, representados en ese momento por los *sans-culottes* de St. Antoine. Es decir *dos minorías* si se toma en cuenta que entonces la población de Francia era calculada en alrededor de 25 millones. Véase Perry Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1980, p. 107. Asimismo, Georges Rudé, *La Europa revolucionaria (1783-1815)*, Madrid, Siglo XXI, 1985, especialmente p. 127, donde dice que la revolución "fue la fusión de dos movimientos *diferentes*, el burgués y el popular". Subrayo el hecho de que hayan sido dos minorías las protagonistas de la Revolución francesa pues ha sido argumento de descalificación de los movimientos revolucionarios, particularmente de la Revolución rusa, que las minorías hayan decidido el futuro de pueblos enteros. Sobre esta discusión puede consultarse el muy

A diferencia de los partidos modernos cuyos dirigentes saben qué quieren en términos de metas concretas de poder y uso de éste, las masas saben qué quieren pero no cómo conseguirlo, y si bien sus demandas pueden ser muy específicas, concretas, no necesariamente las tienen bien conceptualizadas, lo que las pone en desventaja frente a los partidos. Y si bien burgueses y trabajadores formaban parte del mismo tercer estado, y su lucha era común contra el absolutismo, sus intereses de clase estaban enfrentados, como se dejó ver, sobre todo en París, desde principios de 1792.⁷

La participación de las masas fue la otra cara de la Revolución, complementaria a veces, antagónica en otros momentos. Y aquí tampoco podemos hablar de masas homogéneas, pues los objetivos de los campesinos sin tierras de la provincia francesa no eran semejantes en nada a los objetivos de los *sans-culottes* parisinos y de otras ciudades importantes. Pero las masas se insurreccionaron, y este aspecto marcó una diferencia muy importante con la Revolución inglesa del siglo anterior. Los ingleses enfrentaron el poder de la monarquía más militar que popularmente. La burguesía francesa enfrentó a la monarquía con las masas y sin éstas no hubiera podido derrotar el absolutismo ni el poder de la Iglesia.

Sin la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, por los *sans-culottes* parisinos, la asamblea nacional habría terminado por sucumbir en la rebelión contra las bayonetas reales. Sin la marcha sobre Versalles, el 5 de octubre, de los *brazos desnudos* hambrientos y sin su irrupción en el recinto de la Asamblea, la Declaración de los Derechos del Hombre no hubiera sido sancionada. Sin el irresistible movimiento de los campesinos, la asamblea no hubiera osado atacar, aunque tímidamente, la propiedad feudal, en la noche del 4 de agosto de 1789. Sin el poderoso concurso de las masas el 10 de agosto de 1792, la expropiación sin indemnización de las rentas feudales no hubiera sido, al fin, decretada; la burguesía hubiera vacilado ante la república y ante el sufragio universal.⁸

«Por una ironía de la historia, fueron los más encarnizados enemigos de los capitalistas los que realizaron para los capitalistas lo que los capitalistas no habrían podido hacer por sí mismos», decía Kautsky.⁹

documentado capítulo "Majority and Minority in Revolution" de Roy Medvedev, *Leninism & Western Socialism*, London, Verso, 1981.

⁷ Interesa recordar, para los fines de este escrito que el llamado "tercer estado" no era ninguna unidad sociológica, para usar el término de Görlich en su *Historia del Mundo*; existían como parte de él la burocracia de los tribunales (con sus puestos comprados o hereditarios), los burgueses terratenientes, los trabajadores manuales organizados en gremios, los jornaleros, los empleados domésticos, los vagabundos, etcétera.

⁸ Daniel Guérin, *La revolución francesa y nosotros*, Madrid, Editorial Villalar, 1977, p. 15.

⁹ Kautsky, *La lutte de classes en France en 1789*, trad. francesa, 1901, citado en Guérin, *idem.*, p. 16.

Este doble carácter de la Revolución francesa, inspiró por igual a la Revolución rusa que al zarismo, de la misma manera fue antecedente de la Revolución mexicana aunque las referencias a aquélla son menos definidas. Vista desde la Rusia zarista, señala Besançon, la Revolución francesa era un bloque, y este bloque comprendía igualmente al régimen imperial.¹⁰ Vista desde la óptica de los bolcheviques, y ni siquiera de todos estos, la Revolución francesa fue, principalmente, la revolución de las masas, de los trabajadores; y la fase de ella más importante e incluso punto de discusión hasta 1927, entre el stalinismo y la oposición, fue el periodo de Robespierre.¹¹

En la Revolución mexicana las influencias de la Revolución francesa fueron menos directas, cierto, pero no menos cierto es que la concepción que se tuvo de ella en su momento, no fue en el sentido de bloque, es decir, en el sentido de los vencedores. Fue en los clubes liberales donde se rescataba la vena popular de aquella revolución, se habló del ejemplo de la guillotina contra los clérigos, pero también en contra de Robespierre y de Saint-Just. Antonio Díaz Soto y Gama era admirador de Danton y debía su conocimiento de la Revolución francesa a la biblioteca de Arriaga.¹² Pero más que la Revolución de 1789, directamente, la influencia principal fue el liberalismo entreverado con el anarquismo. A través de éste y de una apreciación peculiar del socialismo debió conocerse más sobre el gran movimiento francés: Kropotkine era admirado, sin duda, por Ricardo Flores Magón,¹³ y la guillotina fue mencionada varias veces por él en 1914 y en 1916.¹⁴ pero más adelante, refiriéndose a la Revolución rusa, escribiría que la dictadura de la burguesía o del proletariado es tiranía y que la libertad no puede alcanzarse por medio de la tiranía,¹⁵ lo cual demostraba una decantación de ideas tal que de la Revolución francesa sólo quedaría el espíritu libertario del Faubourg de St. Antoine del 5 de octubre contra el otro Faubourg, el de St. Honoré. La versión apologética de los defensores de los pobres, de los sectores populares de la Revolución francesa, desde el ángulo anarquista en aquellos años, 1909, fue señaladamente la de Kropotkine,¹⁶ aunque no tengo evidencias de que su libro fuera leído entonces.

Pero si la Revolución francesa influyó poco en la mexicana —directamente—, aunque se puedan localizar referencias a la primera tanto en los precur-

¹⁰ Alain Besançon, "La Russie et la Révolution française", fotocopia sin pie de imprenta.

¹¹ Véase, además del artículo ya citado de Mathiez, a Pierre Broué, *Trotsky*, Paris, Fayard, pp. 518 y ss.

¹² Cfr., James D. Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1971, pp. 70-72.

¹³ Véase por ejemplo *Regeneración*, 10 de septiembre de 1910, en *Regeneración 1900-1918*, (Prólogo, selección y notas de Armando Bartra), México, Hadise, S.A., 1972; y Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1967, p. 551.

¹⁴ La guillotina contra los clérigos era una propuesta recurrente de los hebertistas y de los *enragés*. Cfr., Georges Rudé, *op. cit.*, pp. 184-185.

¹⁵ Silva Herzog, *op. cit.*, p. 560-561.

¹⁶ Pedro Kropotkine, *La gran revolución (1789-1793)*, México, Editora Nacional; 1967.

sores como en algunos de los ideólogos durante la lucha armada, los vencedores de nuestra revolución no escaparon de la influencia de los vencedores de aquélla, por lo menos en el sentido que hemos querido enfatizar; la consideración de la revolución como *bloque*.

El Partido Nacional Revolucionario, obra cumbre de ese gran estrategia político que fue Calles, no tuvo otra finalidad

que la de *fusionar* en un conglomerado nacional a la inmensa mayoría de los elementos revolucionarios —que se hallaban dispersos— y *disciplinar* debidamente las tendencias de los pequeños organismos regionales que dificultaban la marcha de la Revolución...¹⁷

Y este sello del principio de lo que es hoy el PRI se ha mantenido hasta el presente, se ha conservado con cuidadoso celo a través de sus sectores sociales corporativizados, evitando la particularización y las características distintivas de los protagonistas de nuestra historia reciente y, por supuesto, se soslayan las diferencias habidas no sólo en los distintos momentos del partido del régimen sino del régimen mismo. Es la versión del poder, donde poco importa, me aventuro a decir, el alejamiento real e indiscutible de sus últimos gobiernos de lo que fue no ya la revolución de 1789 sino la de 1910. Curiosamente, en la medida en que el régimen se fue alejando en el tiempo y en las ideas sociales de la Revolución de 1910, se fueron añadiendo nombres a la lista de los héroes, como intentando legitimación en una especie de síntesis de los opuestos y en la herencia de los movimientos encontrados. El ecumenismo del poder, la conciliación en el poder —no fuera de él—. Sin embargo, el jacobinismo plasmado en la célebre frase de Saint-Just: «Lo que constituye una República es la destrucción total de todo lo que se le opone».¹⁸ pareció ser predominante como norma en la peculiar concepción de República y de partido que ha tenido el régimen posrevolucionario mexicano, pero también el stalinismo y el neostalinismo ahora en crisis.

La izquierda socialista habría de retomar, de la francesa, la revolución de las masas, principalmente urbanas, y el derecho de la insurrección, igual se tratara de los leninistas que de sus opositores socialdemócratas. Lenin reivindicaría el jacobinismo y los socialdemócratas los Derechos del Hombre,¹⁹ pero las dos

¹⁷ Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, México, Ediciones Botas (3a. ed.), 1954, p. 211, (subrayados míos).

¹⁸ Palabras de Saint-Just el 8 Ventôse (equivalente al 27 de febrero de 1793).

¹⁹ En la Declaración de Francfort (1951), punto de partida de la Internacional Socialista, se lee, en el Preámbulo, "El capitalismo, desde el siglo XIX en adelante... ha hecho prevalecer los derechos de propiedad sobre los Derechos del Hombre... agudizando la lucha de clases". Y más adelante añade: "El socialismo hace un llamado a todos los hombres que creen en la necesidad de abolir la explotación del hombre por el hombre". Citado en Carlos Morales A., *La Internacional Socialista en América Latina y El Caribe*, México, Editorial Patria Grande, 1981, pp. 63-65.

corrientes pondrían como fin último la emancipación del hombre de toda forma de explotación, la cara popular de la Revolución.²⁰

El problema habría de surgir al globalizar la revolución, bien al convertirse en gobierno, bien al visualizarla desde el gobierno.

La considerable dependencia en que mantuvo la III Internacional a los partidos comunistas hace difícil pensar que la Revolución francesa hubiera tenido influencia directa en éstos. Pero esa misma dependencia, que significó por muchos años la alineación acrítica al Estado soviético, llevó a los partidos comunistas a la asunción de la Revolución rusa como un bloque, donde la sucesión de Lenin por Stalin se vio como una continuidad natural y no como el producto de una división que habría de conducir a una dictadura. Si los comunistas hubieran distinguido los diversos momentos de la Revolución francesa, si no la hubieran visto como un todo indivisible, habrían apreciado la analogía pedagógica de la división que siguió a la victoria de los jacobinos: no sólo significó su derrota, sino la confiscación de la República y de las aspiraciones de las masas por un general victorioso. Con esta lógica de globalidad, se apoyaron los Procesos de Moscú, las matanzas de opositores, la bárbara invasión a Hungría y el aplastamiento de los consejos obreros de Budapest, etc. Es decir, la razón de Estado cifrada en la destrucción de todo lo que se opone, a juicio de los sacerdotes de la revolución hecha gobierno.

A partir de la invasión a Checoslovaquia y de las purgas masivas del partido de ese país, los partidos comunistas occidentales y algunos no occidentales, como el rumano, cuestionaron la globalidad del movimiento comunista y la visión de bloque impuesta por el PC de la URSS y confirmada por la doctrina de la soberanía limitada de Brezhnev. Se rompió la concepción de bloque con el eurocomunismo, pero también la concepción revolucionaria de las masas, de la lucha de clases, de las posiciones antiburguesas heredadas no sólo de la revolución de 1917 sino de las anteriores de 1871, de 1848 y de 1789.

Ahora la lucha, bajo la influencia de la interpretación triunfante de la Revolución francesa, se presenta más en la perspectiva de la democracia, de la democracia en sentido abstracto y, por lo tanto, global, y a ella recurren las diferentes tendencias políticas del presente, desde los movimientos pacifis-

²⁰ Fidel Castro, como Lenin, también haría propio el jacobinismo como una necesidad y justificaba "unos meses de terror para acabar con el terror que había durado siglos". Y añade: "En Cuba hacen falta muchos Robespierre". (Cfr., texto de Castro del 23 de marzo de 1954 en Mario Mencia, *La prisión fecunda*, La Habana, Editora Política, 1980, p. 154. Pero, así como justificaba el terror revolucionario (efímero, se entiende), unos años después declararía que sus posiciones y la revolución eran humanistas. "Estamos revolucionando a la sociedad sin constreñirla o aterrorizarla. El tremendo problema afrontado por el mundo es que se lo ha puesto en situación de elegir entre el capitalismo, que hambrea al pueblo, y el comunismo, que resuelve los problemas económicos *pero suprime las libertades tan estimadas por el hombre...* Por eso hemos dicho que estamos un paso adelante de la derecha y la izquierda, y que ésta es una revolución humanista, porque no priva al hombre de su esencia, sino que lo sujeta a su meta básica...". Cfr., Raya Dunayevskaya, *Filosofía y revolución (de Hegel a Sartre y de Marx a Mao)*, México, Siglo XXI Eds., (2a. ed.), 1989, p. 253, (subrayados de ORA).

tas, ecologistas y sexuales, pasando por los partidos de derecha liberal y por la mayor parte de los de izquierda, hasta los partidos en el poder y del poder, igual en los Estados llamados socialistas que en los capitalistas.